Simón Ergas

# DE UNA RARA BELLEZA

A Suzy, grandiosa


Mon Enfant



# CAPÍTULO 1

Eran las 6 de la mañana cuando sonó mi celular. La primera llamada la rechacé descolocado, me había quedado dormido viendo una película en el *notebook* y no entendía qué hacía ese aparato en mi cama ni por qué sonaba el teléfono a esa hora. No estaba preparado para contestar. No estaba preparado para nada de lo que ya había pasado.

El sol todavía no asomaba cuando volví a oír la llamada. Atendí y la voz de Samy, hermano de mi abuela, me comunicó que otra vez había venido eso que se lleva a las personas.

—Saimon —me dijo—, se murió el cuña.

Antes que la pena, los por qué me forzaron a abrir los ojos. Me costó despertar, sentarme, entender que había vuelto del sueño, descifrar algo que nadie iba a poderme explicar. Al principio no sentí tristeza. El impacto y la madrugada me llevaron a la ducha con muchas preguntas que no me dejaban reaccionar. Sin estar seguro de mi vigilia, cubierto con el calorcito del chorro, pensé en el fin de la vida, la ausencia, el cambio. No me imaginaba lo que había más allá, no me esforzaba en visualizar el viaje de mi abuelo; sólo le daba vueltas a la idea de vivir sin él. Pensaba en mí, en el agua salada que se juntaba en mis ojos y no en por qué sentía que me desarmaba por dentro. Me vestí como pude para salir de inmediato hacia Aurelio González, el palacio de mis abuelos desde antes que yo naciera.

Siempre he creído que existe algo que se podría llamar de diferentes maneras. Experiencia quizás sea una de ellas. Los que hemos convivido con la muerte, en algunos casos, llegamos a sentir paz. Es tan claro el único camino. Hay que saber dejar ir. Y así me ocurrió cuando murió mi madre y cuando murió la madre de ella. Sentí siempre que tenía gente al otro lado, cualquier enviado en realidad estaría en muchas mejores manos allá, en el más allá, sea donde sea. Pero durante el camino, en el auto, mi hermano chico lloró, adormecido entendía mucho menos que los demás y yo por mi "experiencia" debería estar tranquilizándolo. Pero el *shock* me comía el corazón. Esa sensación de experticia que declamé alguna vez, esa falsa sabiduría ante la muerte era un intento soberbio y desesperado de luchar contra el final.

La ciudad seguía de noche. Estaba vacía y los semáforos funcionaban indiferentes a cualquier cosa, daba ganas de obviar a esos insensibles y pasar las calles con la luz que fuera. Cruzamos Sanhattan que estaba apagado por completo, algunos taxistas erraban y el Mapocho negro que nunca deja de correr, como todo lo que nos estaba pasando.

Al igual que cualquier sábado de mi vida completa, crucé las puertas del departamento hacia el *hall* amarillo. Sólo el día de la muerte de mi abuelo me llamó la atención el cuadro oscuro que equilibraba los colores de esa sala. Más allá estaba mi familia sentada en la mesa redonda del comedor. En esa casa, en esa mesa, siempre hay gente hablando y comiendo, siempre es un banquete y fiesta. El apretado silencio de esa mañana era incapaz de llenar el mismo comedor que cada semana rebosa de alegría. Estaba vacío, todos callados, todos vacíos.

Con José, mi primo, llevábamos los últimos años admirando a Moni desde las sombras, desde nuestra lejana punta de la mesa del almuerzo. Lo mirábamos, examinábamos su manera de ser. Tratábamos de entenderlo, de exprimir la enseñanza de ese sabio que no la transmitía más que con su ejemplo. En mi abrazo con José sentí una inexplicable empatía, un dolor mutuo que nacía de más de dos décadas reunidos bajo el mismo escudo: "El Viejo Soni", le decíamos. No habíamos crecido aún lo suficiente para conocerlo, para aprender todo, para hacernos amigos de él. No estábamos preparados.

Pedí explicaciones. Frente a la desgracias siempre queremos saber la verdad y no todos tienen la suerte de conocerla. Moni se había ido de fiesta en su último día. Dicen que estaba contento, conversador, tomó, comió, conoció gente. Lo pasó bien las últimas horas de su vida, como siempre trataba de hacerlo. Luego, en mitad de la noche, un infarto fulminante, no hay indicios de que haya sufrido.

Esa pequeña buena noticia que le quita profundidad al abismo. No sufrió, decimos: pero qué importa si al final quedamos solos, como una bandada de aves con la forma de un triángulo romo que no sabe hacia dónde ir. Al comienzo reaccioné así, con rabia y egoísmo.

Recordé el día en que me despedí de él, la última vez que estuve con su cuerpo vivo. Uní piezas del rompecabezas que quizás no van donde las estoy poniendo, pero que uno fuerza para encontrar algún sentido en este gran laberinto cuya salida es una sola: la vida y la muerte. Fue un sábado como tantos otros. Él me recibió en la entrada de su departamento y, dándome con una mano palmaditas en la mejilla y con

la otra estrechando la mía, me pasó una mesada discretamente; en esa ocasión me dio el triple de lo acostumbrado. Además ése, nuestro último día, mi abuelo había recibido unas botellas de Raki, un trago que se acostumbra a beber en los Balcanes. Degustamos esa delicia durante el almuerzo y al final de la tarde nos regaló la media botella que quedaba. Nos fuimos a la casa de José a beber el licor de anís sin siquiera imaginarnos que esa maravilla turca iba a ser la última enseñanza que recibiéramos de él. Ese día mi abuelo pareció especialmente cercano, como si supiera lo que iba a pasar. Todo sería tanto más fácil si creyéramos de verdad en esas cosas.

Hay veces en que uno trata de quedarse quieto: no entrar en el problema y alejarse casi para darse esa pequeña oportunidad de que nada haya pasado, pero antes de que amaneciera me esforcé para pasar a las piezas de adentro. Busqué a mi abuela que estaba en su habitación junto al cuerpo acostado de mi abuelo. Moni lucía tranquilo, descolorido y frío. Tenía una pequeña herida en su ceja derecha, la que se debió haber hecho al caer con sus lentes puestos. Su cara sin vida expresaba el consentimiento con el que se había ido.

Estuvimos reunidos incansablemente el jueves en que murió. Nos encontramos para despedirlo, nos aferramos a distintas creencias para aliviarnos. Algunos lo observaron, otros le hablaron, leyeron cosas, lloraron, bebieron, le deseamos un buen viaje sabiendo íntimamente que este señor, aunque fuera en el barco de Caronte, iría en primera clase.

Más tarde, cuando ya estaba en su ataúd, un rústico cajón de madera, se realizó una ceremonia sefardí que conocí acá.

Por primera vez en mi vida acepté un rito y lo interpreté sin sentir contradicción. Se tapó el ataúd abierto con una sábana negra que tenía dibujada una estrella de David. Envuelta en un pañuelo, se dejó la mano de Moni afuera para los que quisiéramos decirle las últimas palabras se la tomáramos. El problema es que esas palabras nunca son las últimas, pero son gestos que nos ayudan a decir adiós, adiós maestro.

El féretro fue atornillado y trasladado al living, a su living, entre sus pinturas, sus tragos, su música clásica y sus descendientes y amigos. Gente de la historia de Moni estaba presente, emblemas de los distintos momentos de su vida, de su vida conocida, de la que comenzó a vivir desde 1948 en adelante, a sus dieciocho años, cuando llegó a Sudamérica. Estábamos los que conocimos a Moni Ergas y no a Salomón, no a ese joven que creció en los Balcanes escondido y recorrió la península escapando de la más espantosa guerra declarada en la inconsciencia del siglo XX.

Nadie conoce la historia de Moni con exactitud. Él mismo no recordaba con claridad su aventura en la vieja Europa, donde aprendió a distinguir a ojos cerrados entre las cosas importantes y las que no valen nada, donde comenzó toda esa trayectoria de vida que culmina en la fotografía eterna que guardo de él en mi memoria: en pijama, comiendo frutas en una mesa enorme, mientras toda su familia se desenvuelve alrededor. Al final de su vida él come frutas en paz. Él las degustará en una mesa abastecida para siempre mientras uno a uno iremos a acompañarlo cuando llegue nuestro momento.



# CAPÍTULO 2

Seguramente todos los extremos del planeta tienen la misma antigüedad. Hubo un *big bang* o como quiera que se le diga a ese origen de un principio, una formación de estrellas, una de planetas. Se creó la Tierra y allí conjugaron en un azar inverosímil todos los elementos necesarios para el primer impulso de vida. Después, una inercia de la que algo conocemos: la separación de los continentes, los dinosaurios, su muerte, el mono, su transformación y las falsedades que ese simio evolucionado creó por encima de lo que se le había dado en su nacimiento: ropa, ciudades, idiomas y sistemas financieros. Todos los extremos del planeta tienen la misma antigüedad, pero curiosamente hay algunos que nos parecen más viejos que otros, tierras que percibimos milenarias sólo porque sabemos más de ellas. No es Babilonia, el viejo Egipto, ni la América precolombina, sino es en el centro oriente de Europa, cuyo pasado cuenta con cifras de antes de Cristo, donde ocurrieron muchas de las fábulas que alguna vez nos contaron.

Sería encantador poder escribir la historia completa de esos países. Narrar lo que hubo en un comienzo, cuando no había nada, luego ir describiendo cómo nació la vida en estos sectores montañosos. Poder decir que de tal o cual forma el ser humano casi alcanzó el prototipo *homo sapiens* en Bulgaria, o precisar la manera en que ese mismo hombre balcánico fue poblando la península. Con las distancias migratorias,

hubo también una diferenciación cultural. En cada parte los pueblos adquirían costumbres distintas: mientras algunos eran capaces de trabajar materiales novedosos, otros descubrían algo que se acercaba a la escritura. Sería invaluable poder describir acá cómo la cultura Iliria o la Vinca terminaron por convertirse en serbios y albaneses, cómo se pobló Grecia y cómo nació esa forma de pensar que se llama filosofía. Quisiera contar las aventuras de San Pablo durante los tiempos del Imperio Romano, o de las incursiones bárbaras, como por ejemplo la breve estadía de los lombardos. Si ése fuera el caso no podría dejar pasar ni a Alejandro Magno, ni las múltiples anexiones y separaciones que cada estado balcánico ha sufrido a lo largo de la historia. Deberíamos hablar de la Madre Teresa de Calcuta o detallar el dominio del Imperio Otomano en la zona desde el siglo XIV hasta el 23 de octubre de 1923; el Imperio del Sultán que terminó gracias a la Primera Guerra Mundial. Pero si llevara el relato hacia esos temas estaría metiéndome derechamente con la historia de la humanidad. Aunque, en parte, eso es lo que haré.

La carrera de literatura donde estudié es poco exigente o, mejor dicho, no requiere de un esfuerzo sobrehumano para sacar adelante. Durante mis primeros años tenía tiempo y comencé a ir a almorzar los martes donde mis abuelos, una reunión improvisada que se hizo costumbre sólo entre los que tuvieran ganas de ir. Cuando almorzábamos los sábados con toda la familia, me sentaba en una mesa larga justo en el extremo opuesto al que estaba Moni. No lo oía más que cuando levantaba la voz. No lo conocía, no sabía de qué conversar con él y, si bien estimaba las cosas que

le interesaban, nunca las tuve muy claras. Pero esos martes estuvimos frente a frente. Al principio no hablábamos entre nosotros, pero él debió escuchar lo que contaba de mi vida y yo la manera que él tenía para relacionarse con el mundo. Así comenzó mi asombro.

Él había nacido en otro extremo del planeta, era una persona totalmente distinta, él habló búlgaro, escribió en alfabeto cirílico, estuvo tan cerca de la muerte que todos estos almuerzos pudieron nunca haber ocurrido. Nada de todo esto. Nuestro patriarca a su vez tuvo padres y también fue un joven desorientado. Más allá de las jerarquías y los roles impuestos involuntariamente, del respeto y del miedo, vi en él una persona, una persona con historia, con alegrías, con enojos, logros, frustraciones, traumas, con recuerdos y tristeza, mucha tristeza. Decidí que tenía que hablar con él, quería entender cómo llegamos hasta acá, cómo llegó él hasta acá desde Yugoslavia. Quería conocerlo.

Se dio la casualidad de que justo en esa época vino a Chile un primo de Moni, Mika Amoday, quien había estado en Santiago a finales de los años cuarenta y conoció a mi abuelo en su juventud, vivió una historia similar y poseía un contexto que lo hacía saber qué preguntar o hacia dónde guiar su memoria. Junto con Mika entrevistamos a Moni un martes, después de almuerzo, en el que mi abuela nos dejó solos a los tres, yo estaba muerto de vergüenza y Mika me ayudó una enormidad. En esa mesa redonda más vieja que cualquiera de mis primos, escuché por primera vez la historia de mi familia.

—Mi mamá era de origen Búlgaro, después su familia estuvo en Leskovac, que es una ciudad de Serbia famosa por

sus salaminos. Y después, como siempre todos los judíos van avanzando, se fueron a vivir a Belgrado. Se instalaron a vivir en Belgrado todos. Después dos o tres hermanas de mi mamá se vinieron a Skopje porque se casaron con gente que vivía allí.

Eso era todo lo que Moni conocía del pasado de Ruzha Varón, mi bisabuela, una persona de la que escuché hablar muy poco anteriormente. En esa ocasión, Moni me contaba lo que podía casi sin un tono en la voz, lo más serio posible. Era como si no recordara nada más que lo anecdótico. Lo que efectivamente él nunca supo es que su apellido viene del latín y literalmente significa "Hombre". Con el tiempo, "Varón", entre los judíos sefardíes, pasó a significar "Hombre de Dios" u "Hombre de Moisés", cuya simplificación terminó en "El Hombre".

—Por la parte de mi abuela paterna la familia era una parte de Bítola y la otra de Salónica.

Moni nunca hubiera imaginado una coincidencia. Quizás de saberlo habría pensado que más que el azar, el matrimonio de su madre con Dario Ergas Aroesti fue una jugarreta del destino.

El apellido Ergas proviene del otro extremo de Europa y de siglos distantes. El año 711 los musulmanes cruzaron de Marruecos y tomaron el sur de España. Resultó que ellos fueron más tolerantes que los cristianos, por lo que los judíos que vivían allí los recibieron y convivieron con ellos impregnándose de las culturas del norte de África, de la costa berberisca, llamada así por sus hablantes de idiomas milenarios: los bereberes. El tamazight es un dialecto bereber

cultivado principalmente en Marruecos, y por unos pocos en Argelia. La tribu africana que lo habla son los Ait Atta. Para ellos, la palabra "argaz" significa exactamente "Hombre" o, más bien, "El Hombre". De eso al "Ergas" hay un peldaño lingüístico que en una línea de tiempo extensa se hizo muy fácil de subir.

No podría decir dónde se conocieron Ruzha y Dario, ni cuán larga fue su historia de amor, ni mencionar cómo decidieron casarse o cuáles fueron las primeras palabras que intercambiaron. Pero sí puedo estar seguro que se amaron con la pasión irrevocable de los verdaderamente enamorados. La familia de Ruzha no era adinerada y Dario sacrificó su derecho a dote para poder casarse con ella. Iban a empezar desde cero, pero de a dos, creyendo en lo que podría lograr su amor, sin tener una idea siquiera de que sus apellidos significaban exactamente lo mismo, sin saber que en el futuro tendrían dos hijos. Uno de ellos fue mi abuelo: Salomón, El Hombre.



# CAPÍTULO 3

El amanecer del 29 de abril ha sido uno de los más raros que recuerdo. Durante la madrugada, sentado tomando café con mi familia, observamos poco a poco al sol apareciendo tras la cordillera. Primero el cielo aclaró, un tono amarillento decoró el este y la silueta de las montañas se marcó por contraste. Era bonito, eran colores que uno nunca había visto, a esas horas, en ese departamento. Cuando el sol ya estaba encima de los Andes para dar inicio al primer amanecer que Moni no pudo ver, el amarillo palideció y el departamento quedó completamente iluminado. Desde ese momento, la ciudad despertó. Empezaron los llamados telefónicos de un montón de gente impactada por la sorpresiva muerte de mi abuelo, un montón de gente que había conocido a Moni Ergas Varón.

A media mañana recibimos la llamada del Tío Jak, un amigo de Moni que vive en Argentina. Conocí a Tío Jak siendo muy chico. Antes lo veía una vez al año, cuando nos acogía en su casa en Punta del Este donde podíamos hacer de todo. Luego dejé de ir a Uruguay con mis abuelos, dejé de ver a Tío Jak hasta que vino al matrimonio de mi prima Debbie y lo entrevisté con el mismo fin que a mi abuelo. Así descubrí qué podía significar realmente él para Moni: ambos nacieron en la capital de Macedonia, ambos vivieron allí los comienzos de la Segunda Guerra Mundial y ambos salvaron por un pelo del genocidio. Compartían su historia, su

procedencia y sus recuerdos. Tío Jak era, en ese momento, la única persona que conoció más que a Moni, a Salomón. Él era el único capaz de transportarnos hacia una historia que se nos había ido para siempre.

Quizás por esos puntos en común, quizás por la edad, quizás por el acento o la energía que se siente de esas personas que han sobrevivido, cuando llegó Tío Jak a Aurelio González ese jueves por la noche, se nos volvió a partir el corazón. Me abrazó y me dijo las siguientes palabras:

—Vos me prometiste escribir ese libro —pronunció en argentino—. Ahora tenés el final.

Se levantan estatuas, se construyen salones en hospitales o universidades, se escriben libros y se canta el recuerdo de lo que hicieron los grandes hombres sobre la Tierra. Tío Jak me aseguró que el dolor no se iba a ir hasta que le diera el punto final a esta historia, hasta que esté erigido este monumento.

No dudo de que cada uno sabrá arreglárselas, podremos vivir sin Moni, nos acordaremos de su majestuosidad, lo desearemos más que nunca cada vez que aparezca algún personaje desconocido clamando haber sido ayudado por él con total discreción. Escribiremos, pintaremos, continuaremos sus proyectos, viajaremos a Macedonia y su memoria la llevaremos siempre. Pero la pena, eso no es algo contra lo que pueda luchar. Al igual que mi abuelo, en mis profundidades, viviré lleno de pena. Añoraré unos años más de vida para él, unos años en los que podría habernos contado tantas cosas más, en los que quizás hubiésemos sido amigos, en los que podríamos haber hecho calor y derretir la verja de hielo desde la que aparentemente nos conversaba.